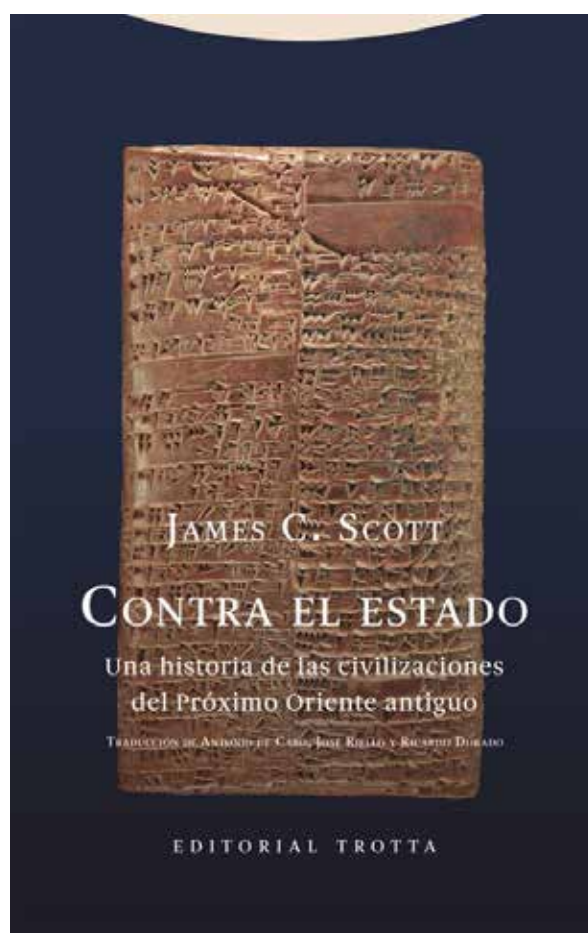


A contracorriente: Sobre la formación de los estados primitivos*

Óscar Rodríguez Barreira
Universidad de Almería

Justificar la publicación de una reseña de un libro sobre la formación de los estados prístinos en Próximo Oriente no debiera resultar difícil en *Nuestra Historia*, una revista que, como se plantea en la presentación, pretende ser una «herramienta», una «plataforma abierta» que no «rehúya el debate y la controversia intelectual». Es ese carácter abierto al saber y a la controversia teórica el que explica que en la revista de historia de la FIM —tan centrada en el obrerismo y el capitalismo— se presente una monografía sobre la creación de los primeros Estados. No obstante, el debate sobre la sociedad antigua y sobre el origen del Estado no es, ni mucho menos, ajeno a la tradición marxista y tuvo una importancia capital tanto en las lecturas e interpretaciones de Karl Marx como en el libro seminal de Friedrich Engels sobre *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

Así, más que justificar la elección de *Contra el Estado* quizás sea más apropiado explicar los motivos por los que un investigador de la historia social del fascismo y el parafascismo como quien esto escribe se ha interesado en un libro de esta temática. Y la respuesta a esta cuestión es muy sencilla: por su admiración y deuda intelectual con su autor: James C. Scott. Scott es un antro-



pólogo norteamericano que, en los ochenta, revoluciona los estudios campesinos con su *Weapons of the Weak* una obra en la que, en gran medida, constataba algunas de sus intuiciones a partir de su investigación en una aldea malaya. En última instancia —tal y como han defendido Julián Casanova, Miguel Cabo o Ana Cabana— conceptos teóricos scottianos como el de *armas del*

*Reseña de: James C. Scott, *Contra el Estado. Una historia de las civilizaciones del Próximo Oriente antiguo*, Madrid, Editorial Trotta, 2022, 262 pp.

débil han sido utilizados masivamente desde los noventa y se han convertido en una herramienta habitual más allá de la historia agraria. Esa expansión dio lugar a que el debate sobre las actitudes sociales bajo las dictaduras de entreguerras se viera revitalizado por el desarrollo de los planteamientos de Scott. El tránsito desde los debates sobre las resistencias al nazismo o al stalinismo al análisis del estraperlo en España o al contrabando en la raia portuguesa iba a ser rápido y así lo pudieron constatar y desarrollar autores como Diego Palacios o Paula Godinho. Que ese recorrido intelectual me acabara alcanzando y configurara una actitud historiográfica fue, casi, «natural»^[1].

Finalmente, y a pesar de la gran influencia que Scott ha alcanzado, nos encontramos con la circunstancia de que su obra no es, precisamente, la que más se ha traducido al español. En las dos últimas décadas nos hemos visto beneficiados con la traducción de *Los dominados y el arte de la resistencia* en la pequeña editorial Txalaparta en 2003 y diez años más tarde de *Elogio del anarquismo* en la potente editorial Crítica. Además ese mismo año se publicó un dossier en *Historia Social* sobre las aportaciones de su obra. Sin embargo, muchos seguimos esperando que se traduzcan otros libros como *The Moral Economy of the Peasant*, *Weapons of the Weak* o *The Art of Not Being Governed*. Así pues, la traducción de *Against the Grain. A Deep History of the Earliest States* en la editorial Trotta es, pese a estar alejado cronológicamente de los temas que me suelen ocu-

par, una gran oportunidad para empaparnos de un estilo y manera de hacer historia brillante y, sobre todo, a *contracorriente*. Una forma característica en la que los de abajo tienen plena agencia y discuten y debaten el protagonismo de la historia a los poderosos y a sus instituciones^[2].

La lectura no decepciona. Desde la introducción el autor anticipa su forma de entender la historiografía proponiendo un proyecto de demolición de lo que él denomina la narrativa estándar: la del progreso y la civilización. Así, para Scott, la Historia es, en su mejor versión, «la más subversiva de las disciplinas» en tanto en cuanto «puede llegar a decirnos cómo llegaron a ser cosas que, probablemente, damos por sentadas». En ese sentido la mayor parte de los argumentos de la narrativa estándar han tenido que ser abandonados una vez confrontadas a las evidencias arqueológicas. Así, la idea de una evolución lineal y progresiva en la que los seres humanos van adquiriendo mayor bienestar y complejidad social ha de ser puesta en entredicho o, más bien, ser desechada. Un ejemplo que evidencia lo ilusorio de ese relato sería el del bienestar físico general de los cazadores-recolectores. El paso de la caza y la recolección a la agricultura conllevó, al menos, «tantos costes como beneficios». Además, el sedentarismo no es una consecuencia de la agricultura y las evidencias arqueológicas ponen de manifiesto que en la antigua Mesopotamia existían ciudades de hasta cinco mil habitantes con poca o ninguna agricultura. Finalmente el acto civilizatorio central de toda la narración —la *domesticación*— resulta ser esquivo. Las evidencias arqueológicas discuten que se haya producido un solo acto de domesticación de plantas y animales y apuntan a la idea

1.- Julián Casanova, «Resistencias individuales, acciones colectivas: nuevas miradas a la protesta social agraria en la historia contemporánea de España» en Manuel González de Molina (coord.), *La Historia de Andalucía a debate I. Campesinos y jornaleros. Una revisión historiográfica*. Barcelona, Anthropos, pp. 289-301. Ana Cabana y Miguel Cabo, «James C. Scott y el estudio de los dominados: su aplicación a la historia contemporánea» en *Historia Social* n° 77, 2013, pp. 73-93.

2.- James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*. Tafalla, Txalaparta, 2003 y *Elogio del anarquismo*. Barcelona, Crítica, 2013.

de un proceso de selección de largo recorrido —hasta tres milenios— que dio lugar a domesticaciones múltiples y dispersas. Además hemos de contemplar una última domesticación: la de los propios humanos. Las primeras aldeas de Próximo Oriente domesticaban plantas y animales pero las instituciones urbanas de los primeros estados también domesticaban humanos.

Esta última sentencia deja clara la perspectiva de Scott frente al Estado y como en este libro pretende ponerlo «en su lugar». Frente a la visión finalista e interesada de la narrativa estándar —que no es sino la de la autorrepresentación del Estado—, Scott nos presenta un relato *a contracorriente* en el que los primeros estados ocupan un lugar minúsculo tanto geográfica como demográficamente. «No eran más que un borrón en el mapa del mundo antiguo». Un borrón que se mantuvo débil y estacional hasta aproximadamente el 1.600 de nuestra era de manera que es importante señalar que los estados prístinos y antiguos no fueron una constante sino más bien una variable en la vida de gran parte de la humanidad.

Contra el Estado se articula en torno a siete capítulos. El primero gira en torno a la domesticación del fuego, de las plantas y de los animales y a la concentración de alimentos y población que dicha domesticación hace posible. Este capítulo presenta uno de los argumentos más sugerentes de la obra: que la palabra *domesticar* se entiende como un verbo activo pero que sin embargo la experiencia pone en entredicho hasta que punto hubo un nosotros que domesticó al perro, o a las plantas o éstas y las cabras nos han domesticado a nosotros. «Constituye una pregunta metafísica quien es el sirviente de quién —al menos hasta que llega la hora de comer—». El segundo capítulo explora los significados de esta domesticación proponiendo una lectura enervante. Aquella que señala que, desde el punto de

vista de la experiencia, la vida agrícola es, comparativamente, más estrecha y pobre que la cazadora recolectora tanto en un sentido cultural como ritual. En el tercer capítulo se evidencia como las sociedades retrasaron durante el mayor tiempo posible la plantación y la cría de ganado como prácticas de subsistencia dominantes. Y todo ello a causa del trabajo que requerían. Además el sedentarismo y el hacinamiento del Neolítico tardío dieron lugar a la expansión de las epidemias y enfermedades infecciosas si a esta realidad le añadimos una dieta cada vez más agrícola y deficiente en algunos nutrientes esenciales el resultado no podía ser otro que el de altísimas tasas de mortalidad infantil.

«Sin duda el viejo relato del progreso civilizatorio tiene razón en algo: la domesticación de las plantas y los animales posibilitó una tasa de sedentarismo que, efectivamente, sentó los cimientos de las primeras civilizaciones, de los primeros estados y de sus logros culturales. Pero descansa, en cambio, sobre unos finísimos cimientos genéticos: un puñado de cultivos, unas pocas especies de ganado y un paisaje radicalmente simplificado [...] Al mismo tiempo, la *domus* nunca fue, ni por asomo, autosuficiente. Requería de un subsidio constante de aquella misma naturaleza excluida» (pp. 110-111)

El cuarto capítulo está dedicado a la agroecología de los primeros estados y en él se trata de explicar las razones por las que los primeros estados se basaron en los cereales. La razón, a grandes rasgos, es que solo los granos resultaban idóneos para la producción concentrada, la liquidación de impuestos, el almacenamiento, el racionamiento... En un suelo adecuado, el trigo, la cebada o el mijo proporcionan la agroecología necesaria para concentrar impor-

tantes cantidades de súbditos. El Estado no inventó el riego ni la domesticación de cultivos. Lo que sí hizo fue mantener, ampliar y expandir un entorno favorable a su poder a través del paisajismo estatal: canales, despeje de campos, amurallamientos para impedir la huída etc.

Y es que, como se muestra en el quinto capítulo, los estados tempranos hicieron una fuerte inversión en coerción (prisioneros de guerra, servidumbre, esclavitud en los templos, trabajo de convictos, esclavitud comunitaria...) pero aún así resultaban frágiles y propensos al «colapso». Uno de los argumentos más interesantes de *Contra el Estado* es aquel que señala que efectivamente los estados no inventaron la esclavitud o la servidumbre pero lo que sí hicieron fue inventar las sociedades «a gran escala basadas sistemáticamente en el trabajo humano cautivo no libre». Así podríamos concluir que, en definitiva, la esclavitud no es sino un proyecto estatal de domesticación de una clase de servidores humanos —como antes los neolíticos domesticaron a las ovejas—.

Conviene, no obstante, no abusar del término «colapso». En el sexto capítulo, Scott analiza la fragilidad del estado temprano y propone una lectura a contracorriente de ese fenómeno histórico. Si por «colapso» entendemos la «desagregación de un estado complejo, frágil y típicamente opresor en fragmentos menores y descentralizados» ¿Por qué tendríamos que lamentarlo? Existen buenas razones y argumentos para sostener que «estos periodos ‘vacantes’ re-

presentaron un grito de libertad de muchos súbditos estatales y una mejora del bienestar humano». Más que lamentar el «colapso» se propone que lo normalicemos y veamos como la «inauguración de una reformulación periódica y probablemente saludable del orden político» intentando no confundir «el bienestar de la población con el poder de la corte o del centro estatal».

Finalmente el séptimo y último capítulo se dedica a los bárbaros, es decir «a los de fuera», a aquellos que vivían fuera de los estados. El argumento del norteamericano para estos sectores es que, en gran medida, vivirán una edad de oro. Esta fue aún más obvia para aquellos que vivían cerca de estados. «Su grano, su ganado, su mano de obra servía como un lugar de extracción para esos otros depredadores de mayor movilidad» —los bárbaros—. El argumento sobre la edad de oro de los bárbaros sostiene que se produjo una simbiosis entre «bárbaros» y «civilizados». En esta larga época los bárbaros disfrutaron de un rentable comercio con los estados complementados con esporádicos saqueos, evitando, además, los inconvenientes de los impuestos y el propio trabajo agrícola.

Para acabar *Contra el Estado* nos propone una lectura a contracorriente de la construcción de los estados prístinos y de su consolidación como el modo de organización política predominante. Frente a la lectura triunfal estatista, las pruebas empíricas y la imaginación histórica de James Scott nos permite articular relatos sugerentes y emancipadores.